

Presentación

En el panorama actual del saber la cuestión central de la Antropología se puede condensar en esta simple pregunta: ¿qué es lo que nos hace humanos? Se expande y se empieza a aceptar la idea de que lo que nos convierte en hombres y nos diferencia del resto de los seres vivos es la posesión de conciencia. Esta se puede definir de una manera muy general y para saber de qué estamos hablando de la siguiente manera: un saber acerca de nosotros y de nuestra situación en el mundo. La capacidad de ser consciente es un rasgo esencial de la vida humana. Lo expresó de manera nítida el historiador Arnold J. Toynbee:

“The primary distinctive feature of human nature is consciousness, including a human being’s consciousness of himself, as well as his consciousness of the Universe outside himself, in which his fellow human beings figure side by side with non-human nature, animate and inanimate”

Aumenta el número de investigadores que sostienen que es una capacidad propia y exclusiva del hombre. Son una minoría los que además defienden que la aparición de la conciencia supone un salto cualitativo en la historia del universo. Pues bien, si realmente queremos superar las disputas para avanzar en el conocimiento científico de la naturaleza de esta capacidad, hay que comenzar fijando con claridad tres cuestiones: qué es, cómo y cuándo hizo su aparición, y qué función cumple.

La primera cuestión es de tipo ontológico: ¿qué tipo de ser o cuál es la naturaleza de la realidad que constituye el objeto de nuestra investigación? Para poder iniciar y progresar en el desvelamiento de su estructura y funcionamiento necesariamente debemos preguntarnos: ¿Qué es o en qué consiste? No se trata de aclarar el significado de la palabra y entrar en las actuales disputas sobre las diferentes definiciones que ofrecen los investigadores que abordan este tema. Simplemente de explicar el tipo de realidad que es el fenómeno de la conciencia. Si el conocimiento ordinario nos muestra que el fenómeno de la conciencia no es una cosa física o un agregado de objetos materiales, cualquier investigador que pretenda avanzar en la comprensión de su naturaleza, necesariamente debe plantearse esta cuestión: ¿qué tipo de fenómeno es la experiencia consciente? Es una cuestión primaria porque condiciona la idea que nos podemos hacer sobre a qué tipo de seres vivos se le puede atribuir conciencia y, sobre todo, el tipo de metodologías que se pueden y deben usar para su estudio.

La pregunta sobre la naturaleza de la conciencia está directamente relacionada y ligada a la cuestión sobre su origen. No se puede conocer de manera completa y segura la estructura

y el funcionamiento de la conciencia sin conocer cómo ha aparecido. Tanto en la cosmovisión occidental como oriental se aborda esta cuestión. Se está consolidando la idea de que se trata de dos maneras complementarias de acercarse y entender el origen de la conciencia. Nadie pone en tela de juicio la necesidad de conjugarlas. Pero todos los intentos de síntesis creativa están fracasando y se ha impuesto la cosmovisión occidental. Esta intenta fijar las causas remotas (filogénesis) y las causas próximas (ontogénesis) de la aparición de la conciencia en el universo y en la vida humana.

Desde el punto de vista filogenético existen indicios racionales suficientes para pensar que *Homo habilis* poseía la capacidad de conciencia simbólica en la medida que era capaz de fabricar instrumentos. La presencia de industria lítica no es una base completa pues no poseemos datos empíricos sobre los modos de ser, pensar y actuar de los miembros de esta especie. Es improbable que podamos fijar con total precisión cuándo y cómo apareció la conciencia ya que no queda registro en los asentamientos que hasta ahora se han encontrado y estudiado. A pesar de estas limitaciones es la mejor pista que actualmente poseemos. Se puede discutir y se seguirá discutiendo el origen y la localización de esta especie en el «árbol filogenético» debido a la escasez e incompletitud de los restos fósiles que actualmente poseemos. Se puede suponer que con el paso del tiempo se podrá demostrar que otras especies como los Australopitécidos eran capaces de producir instrumentos. Se puede apelar a otros rasgos y atribuir a otras especies como *Homo Ergaster* la denominación de primeros humanos e incluso se puede fijar el origen de la conciencia simbólica en *Homo sapiens*. Sin embargo la fabricación de herramientas en los miembros de *Homo habilis* demuestra con claridad la posesión de conciencia en una doble modalidad: sabe qué está haciendo y también sabe la finalidad con la que los está construyendo. Saber e intencionalidad son dos rasgos esenciales de la conciencia humana que constituye el núcleo del organismo-persona que somos.

Desde un punto de vista ontogenético se investiga el proceso que va desde la formación del cigoto hasta que el recién nacido alcanza la conciencia. Se discute cuando aparece la autoconciencia en los niños, cuando un niño se considera a sí mismo como una entidad única y diferenciada. El modelo más aceptado es el denominado «teoría de la mente». En él se afirma que no la tiene en estado embrionario pues los estudios con modernas técnicas de neuroimagen demuestran la existencia de un insuficiente grado desarrollo del cerebro. Se le atribuye un grado mínimo de conciencia al recién nacido pues es capaz de manifestar emociones esenciales como hambre y sed. Se empieza a aceptar que entre los 18 y los 21 meses los niños saben quiénes son y qué es lo que están haciendo. Se ha constatado que a los 24 meses empiezan a usar conceptos como «yo» y «mí». Es el momento clave en el que se

empieza a desarrollar la personalidad de los niños. Es un proceso complejo de maduración en el que se conjuntan armónicamente el desarrollo de las predisposiciones innatas y la incorporación de nuevas estructuras. El niño viene al mundo con un núcleo de mismidad, de singularidad peculiar, que lo hace distinto a todas las demás personas. El ejercicio de la conciencia es la que permite una mayor independencia del ambiente exterior y mayor control interno, es decir, la configuración de la propia identidad personal.

Está meridianamente claro que la emergencia de conciencia supone un hecho crucial en la historia de la vida: con ella aparece la teleología en el Universo. Desde entonces esta capacidad ha desempeñado y sigue teniendo una «función» esencial en la vida de los seres humanos. Sin conciencia no podríamos saber que existimos, quienes somos, dónde estamos, qué pensamos y de qué hablamos. Tanto la acumulación de información en la memoria que realiza el pensamiento así como la extracción que se opera a través del lenguaje, se inicia, depende y es coordinada por la conciencia del sujeto. El ejercicio de la conciencia permite al hombre liberarse de las pautas instintivas que hereda de los animales. En este proceso evolutivo la conciencia constituye un punto singular que paraliza los comportamientos innatos para establecer redes de relación. La conciencia no es vista como un estado interior subjetivo sino como una estructura significativa y compleja, una función psíquica superior que organiza la conducta en su conjunto y que tiene su origen en las formas históricas y sociales de la existencia humana. Para unificar esta serie temporal de experiencias vitales que conforman la vida cotidiana de cualquier sujeto se necesita la conciencia del yo como entidad que sirve de base a la identidad persistente de uno mismo. Esta entidad remite a un sistema dinámico y complejo sobre el que se conforma la identidad personal y cuyo núcleo es la conciencia.

A pesar de la relevancia antropológica que tiene esta categoría para avanzar en un conocimiento integral del ser humano, existe un consenso general en reconocer que la naturaleza de esta capacidad exclusivamente humana sigue siendo un «misterio». Persiste el enigma y son muchas las teorías y los enfoques desde los cuales se aspira a progresar en el desvelamiento de este misterio. Son muchos los avances que se han producido y también muchos los modelos que se proponen para encontrar la respuesta: cuántico, funcional, biológico, social, computacional, etc. Esta variedad la podemos reducir y condensar en tres grandes bloques de investigación. La construcción de una «ciencia de la conciencia», como propusiera el premio Nobel F. Crick, pasa en el presente por la integración de las aportaciones de estos tres campos de investigación:

a) Enfoque filosófico. La cuestión central que se plantea en este enfoque es responder a estas dos preguntas: Desde un punto de vista estructural: ¿qué es o en qué consiste la conciencia

humana? Desde un punto de vista procesual: cómo emerge la experiencia consciente en un ser vivo. Es un enfoque reflexivo y especulativo pues no se apoya ni refiere a hechos dados en la experiencia. Su potencialidad radica en ser creativo y, por tanto, absolutamente necesario para el progreso científico. Las mayores contribuciones que en el presente están aportando son de carácter crítico sobre la neuro-ontología y se simboliza con el término «hard problem»: “cómo un proceso físico en el cerebro puede generar la experiencia subjetiva”. De todas formas empiezan a aparecer estudios que, lejos del dogmatismo neurocientífico, ofrecen propuestas serias y además fértiles.

b) Enfoque neuro-cognitivo. En este modelo se parte de un principio básico: la conciencia es y emerge del cerebro. El yo consciente surge, en última instancia, de las mecánicas agitaciones de los átomos y moléculas que conforman las neuronas del cerebro. Está condenado al fracaso cualquier investigación que no tenga en cuenta las contribuciones de la Neurobiología y las enormes aportaciones que en estos momentos nos están proporcionando las técnicas de Neuroimagen. Pero también está condenado al fracaso el dogmatismo neurocientífico que excluye otros enfoques que lo pueden completar.

c) Enfoque sociocultural. Conocemos aceptablemente el funcionamiento del cerebro, los estados de conciencia, las enfermedades que afectan a la conciencia, los grados de la cognición y otros aspectos. Sin embargo, sabemos poco de la conciencia como núcleo de la persona situada en un contexto socio-físico y cultural. Partimos del supuesto de que no se puede progresar en el estudio de la conciencia sin contar con la perspectiva social y cultural. El cerebro del *Homo sapiens* es universal, pero la conciencia está mediatizada por la sociedad en la que vive el ser humano y por su cultura.

Esta revista nace con la pretensión de avanzar en el conocimiento de la conciencia desde una perspectiva sociocultural. Prima este enfoque pero en manera alguna prescinde de otros enfoques porque los considera necesarios para avanzar en el conocimiento de esta capacidad humana. Frente a cualquier tipo de dogmatismo científico y excluyente apostamos por la interdisciplinariedad. En la praxis social se despliegan y testan una serie de representaciones, ideas, normas, valores y acciones que son constantemente creadas y recreadas por los actores (individuos, grupos, comunidades). Como producto de los agentes sociales se puede entender como un «sistema externo» al hombre, como un espacio u orden de «Formas simbólicas», un tejido de significados que nutre la vida social que los miembros de un grupo crean y comparten. Son esquemas de interpretación culturalmente definidos y socialmente transmitidos dentro de una comunidad de personas. Constituyen la atmósfera que respiramos y sin la cual no podríamos vivir y desenvolvemos en nuestro medio físico y social.

Este orden simbólico no solamente influye sino que también es un factor decisivo en la creación y configuración de la conciencia.

En este número abordamos el tema de la seguridad. Es un asunto que preocupa e interesa a la gente. En efecto, es una aspiración universal de los seres humanos que está presente en todas las épocas y en todas las culturas. La seguridad es un estado de bienestar que garantiza el ejercicio de la libertad para poder desarrollar el proyecto de vida que todo ser humano aspira a realizar. En nuestra sociedad, definida como la sociedad del riesgo, se valora la seguridad como el bien máspreciado. Los ciudadanos son cada vez más consciente de la importancia que este tema tiene para sus vidas. En efecto, una parte considerable de la población vive en la mayor inseguridad porque teme perder el alto grado de desarrollo económico y social alcanzado, es decir, a tener que cambiar su estilo de vida. El tema de la seguridad es un asunto complejo pues son muchos los factores que generan inseguridad. En este número abordamos los que consideramos más esenciales.

La primera contribución de *Carmelo Lisón Tolosana* aborda el tema de la seguridad desde una perspectiva antropológica. La seguridad es un universal cultural en la medida que todas las culturas proveen de fórmulas, de técnicas y modos considerados básicamente necesarios para la supervivencia del grupo según tiempo y medio ecológico y según saberes y creencias. Las personas siempre nos veremos obligados a seleccionar, elegir y sacrificar unos valores frente a otros, a balancearnos entre libertad y seguridad, y más radicalmente, entre pulsiones y la alegría de vivir. En la segunda contribución, *Fina Antón Hurtado y Giovanni Ercolani* conectan con este enfoque la antropología de la seguridad para explicar que este enfoque no se debe centrar en los conflictos armados sino en las emociones de las personas. Partiendo de este marco teórico afirman que se tiene que analizar, a nivel macro y micro, la seguridad (como concepto y como práctica política) como una emoción que es construida culturalmente y como una negociación continua entre el individuo y su sociedad. *Gaspar Ros Berruezo* aborda uno de los grandes problemas que tiene la Humanidad: la seguridad alimentaria. Nos indica que no es un concepto único para toda la población mundial. Así para los países con carencias alimentarias o en situaciones de emergencia éste es un concepto más ligado al acceso o la disponibilidad de alimentos, mientras que lo que entendemos en los países desarrollados se asocia a la inocuidad y adecuación a las necesidades dietéticas para mantener el estado de salud. Junto al concepto de seguridad alimentaria viene vinculado el de “crisis alimentarias” que hemos empezado a acuñar especialmente en la segunda mitad del siglo XX, y que en el siglo XXI lamentablemente se mantiene y crece en el acceso a los alimentos en poblaciones geográficamente delimitadas pero con amplias bolsas de población

paradójicamente en un mundo globalizado en el que la producción de alimentos es suficiente para alimentar a toda la población mundial. Seguidamente *María Jesús Buxo* aborda la complejidad de los riesgos en los avances nanotecnológicos. El darse cuenta, entender y evaluar los problemas relativos a la protección de la vida, la salud, la sostenibilidad y la bioseguridad, requiere además activar un estado mental operativo que permita abrirse a la asunción de los repertorios de riesgo y su redistribución equitativa. Asumir, comprometerse y tomar decisiones respecto a riesgos que afectan a la sociedad, el ambiente y las futuras generaciones obliga a realizar una gestión transversal y un dialogo responsable entre todos los sectores públicos y privados de investigación, gobernanza, medios de comunicación y ciudadanía. *Fulgencio Sánchez Vera* se centra en la sociedad multicultural española. Indica que la inmigración de las últimas décadas ha cambiado de manera notable el paisaje humano de nuestros pueblos y ciudades. Este profundo cambio está acompañado por los efectos de la crisis económica y la globalización del terrorismo yihadista. Se pregunta por las consecuencias de estos fenómenos sobre la seguridad. Afirma que el constructo “cohesión social” sirve para establecer el nexo entre seguridad y educación, demostrando que la escuela es el ámbito privilegiado para desarrollar políticas de cohesión social favorecedoras de una sociedad más segura. *Cecilia Esteban Redondo* nos recuerda que el concepto de seguridad es una categoría central, junto con el de riesgo y peligro. Centra estos dos conceptos en la labor de los profesionales sanitarios. El disfrutar de la seguridad entra dentro de sus objetivos tanto profesionales como vitales. Hasta que consiguen establecerse como tales profesionales y alcanzar la “seguridad profesional” tan ansiada por entender que es el punto de partida de la estabilidad en su proyecto vital, estos profesionales van pasando por una serie de etapas que les llenan de dudas e incertidumbres así como inseguridades, las cuales pueden llegar a afectar a la forma de desempeñar su trabajo.

Luis Álvarez Munárriz
Universidad de Murcia